DE LA MUERTE

MUERTE, poetas, muerte.
Las campanas al viento de la vida
siempre tocan al grito de estos muertos.
Se nos entra la muerte por la casa
y dispara sus ondas como travieso amante,
o hace guardia a la puerta y nos guiña sus luces
—pretendiente constante, esperanzado
de sabernos seguros—,
y espera si de cerca o si de lejos
será mejor decirnos que no somos
sino trozo ideal para su fosa.

Leona que es la muerte en nuestra sangre,
que a la vez que amamanta, con tan preciado líquido,
un eterno cachorro insatisfecho,
inicia sus rugidos con la primera angustia
que nuestra sed, de algo, dispara hasta la madre,
y ya en esa sed tiene la muerte un poderío.
El vientre que nos tuvo, casi ataúd rezaba;
mas abrimos los ojos
a tan amplio escenario como es este
en el que proyectamos nuestras horas,
y así estamos aquí, con la muerte prendida
por todos los rincones.
Vivir es desvivirse por la muerte,
y lo tremendo es esta amarga prisa
de tantos voluntarios hacia el polvo;
es este deshojarse de las alas,
para llegar, sin pétalos, al fin.

La muerte es acertar una raya en el tiempo:
donde se dijo «hombre», dígase ahora «simiente».
Se puede ser el fruto de diferentes formas,

porque todo conduce al aire más que al árbol;
despojos de la historia, simientes de futuro,
la inacabable rueda
en cuyos cangilones el fin es un principio.

Muerte, poetas, muerte.
Campanadas constantes, campanadas
con un eco más hondo que ese eco
de la vida por tantas ilusiones.
Me digo que no hay beso que no sepa
a angustia en calavera refugiada,
y que la muerte salta en este circo
donde ni fiera o domador estamos
capaces de enfrentarnos con su fuerza.



MARÍA DE LOS REYES FUENTES